

## Notas acerca de los trapos

Los primeros trapos (no trozos de tela, sino trapos propiamente dichos: rejillas grises, húmedas y sucias, como deben ser) aparecieron en las estepas del Asia Central, o tal vez en África, o quizás en Sudamérica a comienzos del Pleistoceno o antes del siglo tercero de la Era Común. En todo caso, son muy viejos. Algunos científicos creen (y también algunos religiosos) que los trapos llegaron en realidad a nuestro planeta al mismo tiempo en que éste se estaba formando, en un meteorito, apoyando así la llamada "Teoría de la Panspermia". Sólo algo es seguro, y es que la taxonomía de estos simpáticos (o apáticos) y útiles animales inmóviles no está del todo clara. Los zoólogos, por ejemplo, consideran al trapo rejilla común y a las ballerinas un tipo de equinodermo plano, emparentado con las estrellas y los erizos de mar. Los botánicos, por su parte, están convencidos de que los trapos son vegetales, o tal vez alguna clase de asociación entre un hongo y un vegetal, como los líquenes. Unos y otros han hecho numerosas investigaciones en el desierto del Mojave, en California.

La mayoría de aquellos experimentos consistieron en torturar a estos desdichados seres de diferentes maneras. Creo que se llegó a utilizar napalm, para justificar el gasto que se destinaba a la Salud Pública. En fin, ¿Qué decir de todos los experimentos inútiles? Ninguno aportó nada, ningún paper ni tampoco ninguna ponencia, a no ser el papel de las numerosas cartas de protesta de los grupos ecologistas, que colmaron los despachos de las universidades. Como las cartas habían sido impresas a simple faz, ese papel se usó para anotar la lista de los mandados.

Las pruebas con el carbono 14 demostraron la antigüedad de los trapos. También lo hicieron los estudios de campo de los

yacimientos arqueológicos en Turquía y los fondos de los restaurantes italianos de todo el mundo. Al igual que los experimentos crueles con napalm realizados en el desierto del Mojave, en California, no aportaron nada. En todo caso, los trapos son seres quedados, empapados de una cierta pasividad y dados a la melancolía. Son útiles, pero aburridos. Si existe algún otro resultado, aparte de la nada que ya nombramos, entonces los gobiernos mundiales lo mantienen en el mayor de los anonimatos. Queda algo por decir y es una breve reseña histórica acerca del trapo común de cocina. Del trapo de baño hablaremos en otra monografía.

Los nobles franceses del siglo XIII cazaban trapos. No lo perseguían a caballo (como se acostumbraba cazar a los zorros), sino que lo hacían con una varilla muy larga. Con ella extraían el trapo de la cañería y lo sacaban al exterior. Lo bendecían tres veces, para expulsar las influencias malignas. Después a ese paño lo usaban para limpiar las mesas, enviadas de la grasa de los banquetes y la baba de los reyes, mezclada con la grasa de las alitas de pollo.

En la antigua Escocia se creía que los trapos eran fantasmas bebés que habían muerto sin bautizar. Cautelosamente, los fantasmas escoceses bautizaban a sus hijos antes de cumplir el año de muertos. Esto lo hacían por una razón: para que los vivos no se los llevaran y fueran convertidos en trapos, obligados a servir en el Mundo de los Vivos como trapos rejilla, limpiando todo tipo de superficies, empapados en el detergente de moda de la época, pobres bebés.

**Martín BRACAMONTE**

## Ninguna Igual

¿*Qué hacemos con Buenos Aires?*, preguntó, aburrido, el profesor K.

Cada año repetía la pregunta a las paredes del aula, mientras repasaba algún libro de su interés. Según sus amigos se había refugiado en ese instituto porque el horario nocturno le dejaba el día libre para sus investigaciones antropológicas, sobre las que había publicado artículos y libros.

La pregunta no esperaba respuesta, aunque cada uno tenía la suya que no se molestaba en exponer porque -tan nocturnos como nuestros profesores- estábamos lejos de la edad en que se busca la aprobación.

Para mí la cosa había empezado poco antes, con la aparición de *Buenos Aires Hora* o y la voz increíble de Betty Elizalde, a la que escuché susurrar ya no recuerdo qué, una noche en que volvía de una fiesta por la avenida Libertador. Con la cabeza sobre el borde superior del asiento trasero de un taxi que se deslizaba solo por la avenida desierta, veía el cielo por la luneta -limpio, titilante de estrellas- y me dejaba estar en una plenitud nunca antes experimentada.

La música de Piazzola se fundió con la voz y la ciudad se sincronizó en mí. Entonces sí, la ciudad lucía sus promesas de otras músicas, sus diseños novedosos

*La pregunta no esperaba respuesta, aunque cada uno tenía la suya que no se molestaba en exponer.*

en los autos y en la ropa, sus galerías de arte y sus librerías con libros que competían por su modernidad y sus ciclos de cine por países y autores. La ciudad

palpitaba, vibraba con un erotismo que se percibía en las miradas, las sonrisas, los movimientos displicentes al caminar.

El profesor K., nadando contra estas olas, quería encontrar el ser nacional, nuestro modo particular de *estar* en el mundo. Parecía que su origen alemán no era un obstáculo a su fervor nacional.

Yo, sin bienes raíces ni raíces patrióticas, ajeno a estas inquietudes, me dejaba llevar por la marea plebeya de los descendientes de inmigrantes que obligaron -por su inquietante multiplicación- a que los dueños del país se afirmaran en un patriotismo que antes habían ignorado.

Para mí *Buenos Aires Hora* o era la tercera fundación de la ciudad, realizada por un músico descendiente de italianos y Betty Elizalde era la voz que me permitía imaginar una mujer que todavía me faltaba encontrar. Por eso, cuando era la ocasión, pasaba de una a otra. Ser alojado en el cuerpo de una mujer era situarse en el universo, encontrar el cenit de la satisfacción. Era el presente que deseaba habitar.

Siempre.

**Germán GARCÍA**

## El otro Alcides

### parte (I)

Todo comenzó hace un par de semanas. Llegaba a mi oficina como todos los lunes, y mientras esperaba que se hiciera el café me dediqué a leer mis mails. Me llamó la atención uno de Oscar Morete. Decía simplemente “Mirá esto. El lunes a la mañana paso”. Debajo del texto, un link llevaba a un video. Se trataba de uno de estos programas de televisión en los cuales la gente va a intentar empeñar o vender algunos vienes que atesora generalmente desde hace tiempo. Nunca aparece nadie comprándoles algo a ellos. Siempre les venden y ellos definen el precio de acuerdo al que suponen que van a poder ponerle a la hora de venderlo... pero nunca venden nada. Llamó mi atención un personaje que intentaba vender un disco de pasta. Simplemente decía que era un disco “en joda” (el sujeto habla una mezcla muy elemental de inglés y español) que grabó Gardel para un selecto grupo de amigos. Con un viejo tocadiscos los muchachos escucharon un fragmento en el cual la inconfundible voz del morocho decía, acompañado por dos o tres guitarras de fondo, “mirá como se menea, como le gusta caminar”. Finalmente los muchachos llamaron a un “experto” uruguayo que no hizo más que minimizar el hallazgo diciendo que claramente era una grabación falsa, que se trataba de una especie de broma o de un intento de estafa. La música “graciosa” que se oía de fondo mientras mostraban al argentino indicaba que el destino final del asunto iba ser muy humillante. Mientras el argentino era acompañado hacia la puerta por dos musculosos, ofendido por la magra oferta de dos dólares “para hacer bandejas de pizza que se venderían a cinco dólares”, increpaba al mayor de este clan de comerciantes diciéndole: “Lo haces a propósito porque hace cincuenta años me cojí a tu esposa”.

Al rato cayó Morete a la oficina trayendo media docena de facturas.

-¿Viste el video? -preguntó mientras apoyaba el paquete y lo abría sobre el escritorio.

-Sí. ¿Cuándo salió al aire? -le pregunté.

-No salió. Va a estar al aire en dos semanas y lo van a ver todos -me contestó como alarmado.

-¿Y que tan cierto es lo que dice el viejo? -le pregunté.

-La presencia del uruguayo diciendo que no vale nada no hace más que confirmar eso -me explicó.

-¿O sea que ahora el disco lo tiene el uruguayo? -me decepcioné.

-No creo. El viejo parece ser Ulises Cortez -explicó.

-¿El de la revista1? Entonces seguro que no se lo vendió al uruguayo -me calmé.

-No, seguro que no. Pero en cualquier momento el uruguayo va a encontrar la manera de comprarlo. No hay tiempo que perder -dijo mientras sacaba de su maletín una carpeta con un fangote de dólares y unos cuantos papeles con instrucciones.

En este momento me encuentro esperando que llamen para abordar el vuelo AA900 a Miami, que está anunciado para salir a horario.

**Mariano QUINTERO**

<sup>1</sup>-Ulises Cortez fue el fundador de la mítica revista “Maldito pueblo Uruguayo”.

## Lluvia (de Buenos Aires anónima)

Llueve.

Una muchacha camina erguida por la Avenida Santa Fe, satisfecha de sí misma.

*Hará un pequeño bolso con sus pocas pertenencias, tomará a los chicos, y molestará a la vecina.*

Se regocija contando las miradas masculinas que a la distancia acarician sus pechos adheridos a su remera empapada.

En el conurbano, una madre de

cuatro mira con resignación cómo el agua se cuela en su casilla de pobreza y chapa, mojado los colchones apolillados donde duermen; ahogando sus esperanzas.

Hará un pequeño bolso con sus pocas pertenencias, tomará a los chicos, y molestará a la vecina, que una vez más, les dará un hogar por horas y a préstamo, con piso de material y techo de zinc, hasta que pare.

Llueve.

En la Costanera las obras de avance sobre el río están desiertas.

Como si molestara, como si no fuera nuestro, cada día se lo empuja más allá. Cada vez se lo lleva más lejos, se lo deja más solo. El río ofuscado, malgasta su llanto de color a derrota sobre las maquinarias detenidas en duermevela.

Llueve sobre Buenos Aires y la vida juega a las escondidas.

**Leonor CURTI**



## El detalle

Por la mirilla vi al tipo del cuarto piso aunque en realidad dudé. Es decir, parecía ser él salvo por algún detalle en el rostro o en ese primer tercio de cuerpo que alcanzaba a divisar medio deformado a través del ojo de pez... ¿los bigotes más cortos? ¿más pelado? ¿una camisa demasiado llamativa? No sabía a ciencia cierta por qué, pero algo me decía que con seguridad ese era mi vecino mientras que otra parte mía se negaba a creerlo. Así y todo abrí arriba y abajo, descorrí el cerrojo y bajé el picaporte pero no tuve que hacer ningún esfuerzo para deslizar la puerta hacia adentro porque el tipo que estaba afuera literalmente la empujó y me empujó a mí también. “Epa, qué hace”, le dije haciendo cierta fuerza hacia el lado contrario, tratando inútilmente de volver a cerrar. Hice aquello con seguridad pero sin violencia, si ese era mi vecino -lo cual me parecía lo más probable- estaba ante un guarango que venía a decirme algo y no soy de esa gente que se violenta con la guarangada. Pero cuando el tipo ya estuvo adentro, cuando lo vi atravesar el pasillo (MI pasillo) con tanta soltura, me supuse que algo raro pasaba y tuve miedo, me adelanté como pude para mirarlo de frente otra vez, volví a dudar de su identidad. Llamé a los gritos a mi mamá que estaba en la otra punta del departamento ordenando su habitación, fue instintivo. El tipo me pidió que no gritara, me dijo que no me asustara. Después, rápidamente,

acomodó tres sillas en el living, en una me sentó a mí, en la otra se sentó él con el respaldo hacia el frente, mirándome. Cuando llegó mi anciana madre la invitó no muy gentilmente a ubicarse en la tercera.

*Llamé a los gritos a mi mamá que estaba en la otra punta del departamento ordenando su habitación, fue instintivo.*

*El tipo me pidió que no gritara, me dijo que no me asustara.*

Voy a leerles algunas palabras sueltas y ustedes solitas van a cantar -dijo el tipo al tiempo que sacaba una agendita pequeña del bolsillo del pantalón. Mi mamá me miró confundida y me preguntó en un susurro si ese era el del cuarto piso. Yo me encogí de hombros. El tipo empezó:

“rubor, pañuelo, barba, gargantilla, boina, bicicleta”. Era una enumeración de cosas sin sentido aparente, supuse que se trataba de un espía ruso o yanqui, que era alguien de la Súreté o del Mosad que pretendía sacarnos alguna información que nosotras, sin saberlo, poseíamos. Me dije que yo no iba a largar prenda y que de ninguna manera se la iba a hacer fácil a ninguna fuerza de seguridad o agencia de inteligencia de ninguna parte del mundo. Segura de que el agente estaba entrenado para interpretar los gestos y movimientos que generaran sus palabras en nosotras, decidí quedarme estática, con la vista clavada en el parquet. Mi madre, en cambio, parecía muy alterada, si ella sabía algo el tipo iba a sonsacárselo con poco esfuerzo. Percatado de mi estrategia, el espía cada tanto buscaba mi mirada y continuaba con su lista incongruente de palabras hasta que de repente sucedió: “Bisoñé, corbata, piercing, anteojos, vin...”. “¡¡ANTEOJOS!!”, interrumpió mi madre a grito pelado, y luego repitió casi con timidez, como pidiendo disculpas por haber sido tan floja y evidente: “anteojos”. La miré enfurecida, el agente secreto sonrió satisfecho. Perfecto -dijo-, anteojos, eso era todo lo que quería saber, gracias por su ayuda. Guardó la libretita otra vez en el bolsillo y salió por donde vino lo más campante. Lo oí bajar hasta el cuarto piso.

**Yanina BOUCHE**

## Intemperies

Un chico camina a paso marcado bajo la lluvia mientras lleva un perro en sus brazos. Intuyo que debe tener diez años, su textura es intermedia y la ropa desgastada que lo cubre parece dos talles más grande que la necesaria para él. Alguien lo ha vestido con ropa usada. Es cuidadoso al momento de caminar, cada tanto baja la mirada para saber dónde está pisando, y casi siempre tiene la habilidad de esquivar algún charco de agua. Miro atenta protegida por mi paraguas a mi compañerito de vereda. Siempre tomando distancia de él para no adelantarme y salir corriendo a auxiliarlo en caso de que se caiga. Pienso que si me adelanto no sería el tipo de persona que me pediría ayuda. Sólo se levantaría golpeado y retomaría su marcha desatento al mundo. Entonces me calmo y camino más despacio.

Por su ritmo no le teme ni a la lluvia ni a mojar su ropa. Su pelo largo está sucio porque se divide en mechones gruesos y he notado que a la zapatilla izquierda le falta un cordón. La lengüeta suelta no le ha impedido la marcha decidida que lo lleva a no sé dónde con su mascota inquieta en sus brazos.

A las cinco cuadras ya aminora el paso y lo noto cansado. Cada tanto se resbala pero ni aún así deja que se escape su perro. El perro debe ser pesado, por ese motivo pienso que ha decidido bajarlo a la vereda. Mientras el chico se inclina y toma sus rodillas con las manos para tomar aire, el perro se reincorpora, se sacude un rato y sale al trote hacia la esquina. El chico le grita un nombre que no logro retener, el perro se detiene y gira para mirarlo. Mi compañero de vereda hace el intento de salir a buscarlo, pero el perro está decidido a dejarlo. Mueve la cola y se va corriendo alejándose cada vez más de su dueño. Cuando me acerco el niño está llorando. Le pregunto en qué lo puedo ayudar con su perro, intento calmarlo y decirle que ya va a volver o que él lo puede llegar a encontrar. También le digo que parece un perro astuto, que sabe cómo vivir en la ciudad. A pesar de eso el niño no deja de llorar. Entrecortado lo escucho decir que sabe que su perro se va a cuidar solo, pero le preocupa que pase la tarde mojado y con frío, aunque sabe que en su casa no tienen un abrigo para él.

**Laura GIBILARO**

# ODRADEK

Domicilio Desconocido

Año VI - Julio 2012- Número 71

Muestra gratis

web: [www.odradek.com.ar](http://www.odradek.com.ar)  
blog: [www.odradek-odradek.blogspot.com](http://www.odradek-odradek.blogspot.com)  
correo: [domiciliodesconocido@odradek.com.ar](mailto:domiciliodesconocido@odradek.com.ar)

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*  
- *Odradek- dice él.*  
- *¿Y dónde vives?*  
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

*Franz Kafka*

## Los pájaros

La cantidad de nombres con los que se conoce a las aves suele ser más extensa que la variedad de especies de las mismas. Las ramificaciones en diminutivos y múltiples connotaciones provenientes de los distintos imaginarios, hace imposible realizar un listado prolijo, universal, medianamente apropiado.

Algunos epítetos aplicados a estos animales con el fin de incluirlos en la diaria conversación, cuentan con el consenso generalizado y no dejan lugar a dudas respecto de qué bicho se trata. Aunque muchas veces también, son prueba de la enorme capacidad de injusticia que lleva a la humanidad al maltrato verbal respecto de estos seres bípedos, plumíferos y casi siempre bipolares respecto de la orientación de sus alas.

Más allá de la consabida expresión “repite como un loro” o “más puta que las gallinas”, se escuchan ordinariamente otras observaciones. Si alguien dice por ejemplo “Mirá estas boludas cómo me cagaron toda la ventana”, quien esté invitado a mirar concluye sin vacilaciones que se refiere a las palomas. Sin embargo también sucede que el vocabulario empobrece en boca de algunas personas sea por falta de edad o por aburrimiento. Y es así como a cualquier ave se la puede llamar “pipí” (a riesgo de confundirla con la sustancia homónima). Un caso similar a éste se produce periódicamente en las inmediaciones de la Isla de los pájaros, en

Centroamérica. Quien tenga oportunidad de subir a la lancha motivado por conocerla, con la idea además de volver con el conocimiento ampliado respecto de los nombres verdaderos de los millares de pájaros que allí posan, se llevará una gran decepción. El diestro guía, que ha nacido por los alrededores y desde pequeño convive con las anchas aguas que bordean la inquieta y bulliciosa isla, tiene una única respuesta.

Todos los pasajeros del bamboleante vehículo que se desliza en contra de las olitas convirtiendo el viaje en una suerte de resbalón constante por encima del ripio, preguntan sin cesar, acompañándose con el dedo índice levantado en dirección al pequeño pájaro de negras plumas, o del otro con el pico larguísimo, o de aquél, inmenso, con las alas y la cola escarlata y las uñas verdes: “¿y éste cómo se llama?”. El guía arqueará las cejas, se levantará la visera, achicará los ojos hasta transformarlos en dos surcos agrietados y resecos, y responderá cada vez: ese es una tijaereta. ¿Y aquél otro?: tijaereta. ¿Y ése de ahí?: tijaereta. ¿Y el de más allá?: tijaereta.

Cada vez que me acuerdo, no puedo parar de reírme como un pavo.

**Nora MARTÍNEZ**

## Náufragos

llevaría a una isla desierta?

El agravio está oculto en el adjetivo “desierta”.

Implica que el interrogado es incapaz de agarrar un libro a no ser que se encuentre absolutamente solo y en la carencia total de entretenimientos.

Robinson Crusoe olvidó su ejemplar, pero tal parece que no hubiera tenido un segundo de solaz para dedicar a la lectura. Tampoco Gulliver, ni el señor de las moscas, ni los ardidos adolescentes de la laguna dorada. Ninguno ha añorado un ejemplar de su biblioteca, y de seguro, de poder hacerlo, hubieran pedido un libro de “Cómo construir una balsa” o “20 recetas fáciles y nutritivas para cocinar en una isla desierta” o “Cómo domesticar animales”.

No hay libro tan malo que no tenga algo bueno, le hizo decir Miguel de Cervantes a su personaje más mediático, que intoxicado de literatura inició su

derrotero sin llevar libros consigo, y así le fue.

El narrador de Michel Houellebecq en “Plataforma”, decide enterrar dos libros en la playa y dice: “el problema es que ahora tenía que encontrar algo que leer. Vivir sin leer es peligroso, obliga a conformarse con la vida, y uno puede sentir la tentación de correr riesgos.”

Está claro que hay que llevar libros en todo momento. Tanto como que la pregunta del inicio debería ser otra: ¿qué libro llevaría a la sala de espera del médico? O ¿qué libro para viajar en el colectivo que quedará detenido en medio del embotellamiento del macrocentro? O ¿qué libro para esperar en la fila del pagofácil?

En cambio, a la isla desierta conviene simplemente llevar un yate.

**Roberto GÁRRIZ**